

A los veinte años de su muerte

ALBERT CAMUS

Albert Camus, hijo de un campesino francés y de madre española, nació en Mondovi (Argelia), el año 1913. Inicia sus estudios de Filosofía en Argel, pero tienen que renunciar a ellos a causa de su precaria salud. Trabaja en una compañía teatral de aficionados (1934-1938). Marcha a la metrópoli, donde se dedicará al periodismo. Durante la segunda guerra mundial forma parte del grupo resistente Combat. Entre 1945 y 1947 dirige el periódico que lleva ese mismo nombre. Si bien ya había publicado en Argelia sus dos primeros libros, *El derecho y el revés* (1937) y *Bodas* (1939), su nombre se da a conocer en 1942 con la publicación de su novela corta *El extranjero* y su ensayo *El mito de Sísifo*, ambas expresión del absurdo de la vida humana. Siguen las obras de teatro: *El malentendido* (1944) y *Calligula* (1945), así como sus *Cartas a un amigo alemán* (1945), en las que vierte los problemas que la

guerra le planteará. La novela *La peste* (1947), el drama *Los justos* (1949), ensayos como *El hombre en rebeldía* (1951) y *El verano* (1954), los relatos breves, como *La caída* (1956) y *El destierro y el reino* (1957), así como la compilación de crónicas que edita bajo el título de *Actuales*, entre 1949 y 1958. En el resto de su obra teatral resaltan *El estado de sitio* (1948) y las adaptaciones de *Réquiem por una mujer*, de Faulkner; *Los endemoniados*, de Dostoievski; *La devoción de la cruz*, de Calderón, y *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega.

Le fue concedido el Premio Nobel en 1957. Tres años más tarde, el lunes 4 de enero de 1960, moría en accidente de automóvil, en la localidad francesa de Villeblevin (Yonne). En aquella ocasión, Jean-Paul Sartre, separado a la sazón de Camus por diferencias ideológicas, publicó en *France-Observateur* el artículo que reproducimos.

JEAN-PAUL SARTRE

NO hace más de dos meses, ayer como quien dice, la gente se preguntaba: "¿Qué es lo que piensa hacer?". Provisionalmente, desgarrado por contradicciones que es preciso respetar, él había elegido el silencio. Pero era uno de esos raros hombres a los que merece la pena esperar, porque eligen con lentitud para permanecer luego fieles a su elección. Algún día hablaría, y mientras tanto nosotros ni siquiera nos atrevíamos a aventurar una conjetura sobre lo que fuese a decir. Pero pensábamos que él cambiaba con el mundo como cualquiera de nosotros, y eso bastaba para que su presencia siguiese estando viva.

Estábamos, él y yo, enfadados: no es nada un enfado —si bien nunca más habríamos de vernos—, es a lo sumo otra manera de vivir juntos y sin perderse de vista en el pequeño mundo estrecho que nos ha sido dado. Lo cual no me impedía pensar en él, sentir su mirada sobre la página del libro, sobre el periódico que él leía, y decirme a mí mismo: "¿Qué pensará él, que dirá acerca de esto?"

Su silencio que, al compás de los acontecimientos y de mi propio humor, a veces juzgaba demasiado prudente y a veces doloroso, era una cualidad de cada

día, como el calor o la luz, pero humano siempre. Se vivía con o contra su pensamiento, tal como sus libros nos lo revelan —sobre todo, *La caída*, tal vez el más bello de todos y el menos comprendido—, pero siempre a través de él. Era una aventura singular de nuestra cultura, un movimiento

del que se intentan adivinar las fases y el término final.

Representaba en este siglo, en contra de la Historia, el legado actual de esa larga descendencia de moralistas cuyas obras constituyen, posiblemente, lo que de más original hay en las letras francesas. Su humanismo testa-

rudo, estrecho y puro, austero y sensual, libraba un problemático combate contra los acontecimientos masivos y deformados de nuestro tiempo. Pero, a la inversa, en virtud de la obstinación de sus rechazos, afirmaba, a coro con nuestra época, en contra de los maquiavélicos, frente al





Sobre estas líneas, característico gesto de Camus. Debajo, en Marigny, con ocasión de representarse "El Estado de sitio". Sentados, de izquierda a derecha, Jean-Louis Barrault, director de la compañía teatral; Honegger, autor de la música, y Camus. Detrás, el cuadro de actores. En la página contigua, estado en que quedó el automóvil Facel-Véga del escritor, en Villeblevin.

becerro de oro del realismo, la existencia del hecho moral.

Era él mismo, por así decirlo, esa inquebrantable afirmación. A poco que se leyese o reflexionara, se tropezaba con los valores humanos que él guardaba en su puño cerrado, poniendo el acto político en entredicho. Había que esquivarlo o combatirlo, era, en una palabra, indispensable para esa tensión que nos forja la vida del espíritu. Su silencio mismo de estos últimos años tenía un aspecto positivo: este cartesiano del absurdo se resistía a abandonar la segura tierra de la moralidad y meterse en los inciertos caminos de la práctica. Le adivinábamos, adivinando también los

conflictos que él callaba, puesto que la moral, nada más aprehendida, exige a la vez la rebelión y la condena.

Esperábamos, pues era necesario esperar, para saber que, independientemente de lo que pudiera hacer o decidir en lo inmediato, Camus jamás dejaría de ser una de las principales fuerzas de nuestro campo cultural, ni de representar a su manera la Historia de Francia y de nuestro siglo. Pero quizá hubiésemos conocido y llegado a comprender su itinerario. Todo lo tenía hecho — toda una obra — y, como siempre ocurre, le quedaba todo por hacer. El mismo lo decía: "Mi obra me espera todavía". Se acabó. El escándalo particular de esta muerte es, por inhumano, la abolición del orden de los hombres.

El orden humano no es todavía más que un desorden, algo injusto — se mata, se muere de hambre —, pero al menos está fundado, mantenido y combatido por los hombres. En ese orden, Camus debía vivir. Este hombre en marcha nos cuestionaba siempre, era, él mismo, una pregunta permanente que espera respuesta. Vivía en medio de una larga vida. Para nosotros, para él, pa-

ra los hombres que hacen reinar el orden y para aquellos que lo rechazan, era preciso que saliera de su silencio, que decidiera, que concluyese. Hay quienes mueren de viejos, otros, siempre en perpetua prórroga, pueden morir a cada minuto sin que el sentido de su vida, de la vida, cambie por ello. Mas para nosotros, hombres sin rumbo ni brújula, era vital que nuestros mejores hombres llegaran hasta el final del túnel. Rara vez los caracteres de una obra y las condiciones del momento histórico han exigido con tanta claridad que un escritor viviese.

Llamo "escándalo" al accidente que acaba de matar a Camus porque hace aflorar al corazón del mundo humano lo absurdo de nuestras más profundas exigencias. Camus, a sus veinticinco años, brutalmente sacudido por una enfermedad que habría de cambiar su vida, descubrió el absurdo, imbecil negación del hombre. A él se habituó, pensó su insoportable condición y logró superarla. No obstante, ahora podría pensarse que tan sólo sus primeras obras dicen la verdad de su vida, puesto que este enfermo curado ha sido aplastado por una muerte imprevisible y venida de otra parte. El absurdo consistiría en esa pregunta que ya nadie le ha de formular, que tampoco él formulará ya a nadie, en ese silencio que ni siquiera es ya silencio, que ya no es absolutamente nada.

Yo no lo creo. Desde el momento en que se manifiesta, lo inhumano viene a ser parte de lo humano. Toda vida interrumpida — incluso la de un hombre tan joven — es a la vez un disco que se casca y una vida completa. Para todos aquellos que le han amado hay en esta muerte una absurdidad insoportable. Pero habrá que aprender a ver esta obra mutilada como una obra total. En la misma medida en que el humanismo de Camus contiene una actitud humana ante la muerte que había de sorprenderle, en la medida en que su búsqueda orgullosa y pura de felicidad implicaba y reclamaba la necesidad inhumana de morir, reconocemos, en esta obra y en esta vida, que no es posible separar de ellas la tentativa pura y victoriosa de un hombre por conquistar cada instante de su existencia de la futura muerte. ■
© "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO, 79.

